

[ Recuerdo de Clemenceau ]



RECOGIDO EN "De esto  
y de aquello" tomo III...

**L**e *Journal Littéraire* del día 9 del pasado mes de Agosto publica una entrevista de Saint-Georges de Bonheliér con Clemenceau, con el ochentón Clemenceau, con el viejo luchador—arrna la pluma—, á quien se le llamó el tigre, con el hombre que hizo el Tratado de Versalles. La entrevista es de una poderosa melancolía de puesta de sol desnudo, de sol que ha escalado la tierra.

«En mi juventud—decía Clemenceau—siempre estaba encolorizado. El espectáculo de la sociedad, el de las injusticias inherentes á la vida, los hombres que veía llevados por sus pasiones miserables, todo provocaba mi humor. Pero he envejecido, he dado la vuelta á las cosas y mi tiempo es harto limitado para que espere nada del mundo. He ganado con ello una gran tranquilidad de espíritu. Y por de pronto he llegado á una conclusión que me hace más tolerante. Me doy cuenta de que no hay quien pueda pretender estar seguro de que tiene enteramente razón sobre los otros. El hombre se agota en grandes empeños de que espera todos los milagros y que no pueden dárselos. ¡Y además, en fin, el hombre quiere hacer demasiado y en demasiado pocas horas!...»

Saint-Georges de Bonheliér agrega, por su parte, que encontró en Clemenceau aquel pesimismo valeroso que á través de todas las circunstancias manifestó siempre ese hombre forjado para la lucha. ¡Pues claro, hombre, pues claro! Los hombres forjados para la lucha han sido siempre valerosos por pesimismo y de un pesimismo valeroso. En cambio, todos esos que suelen estar repitiendo: «¡Hay que ser optimista!», suelen ser cobardes.

Clemenceau, en su juventud, siempre estaba encolorizado, dice. ¿Y quién no en la juventud, en la edad viril y aun en la provecia, si teniendo un corazón en el pecho, y teniendo la vista en derredor no entra en cólera más veces de las que quisiera? Pero aún más que las injusticias inherentes á la vida y el espectáculo de los hombres llevados por sus pasiones miserables provoca la cólera de un espíritu sediento de plenitud de vida la sandez, la tontería y el espectáculo de los hombres sandios y tontos arrastrando á los cobardes. La más terrible de las pasiones es la pasión de la tontería. Que es pasión en ambos sentidos, porque la padece el tonto y hace padecer á otros.

En el *Bouvard y Pecuchet*—este formidable embrión de una novela que de haberse llevado á cabo habría sido la suprema tragedia del siglo XIX—, en esa obra dolorosísima, Flaubert nos habla de aquel tremendo estado de ánimo de no poder soportar la tontería de los hombres. Y sospecho que cuando su San Antonio, el San Antonio de las tentaciones, las de Flaubert, acaba que-

**COMENTARIO**  
de  
**MIGUEL DE UNAMUNO**

jándose de la estupidez del sol, lo hace porque el sol da á los tontos lo mismo que á los que no lo son. Porque pase que la lluvia baje lo mismo sobre el campo del bueno que sobre el del malo; pero eso de que el sol dé lo mismo en la frente del tonto que en la del que no lo es... Aunque ¡quién sabe si la tontería no es una especie de insolación!... E influencia del ábrego.

Nada, en efecto, provoca más la cólera de un valeroso pesimista que el triste espectáculo de la tontería triunfante, siquiera provisional y aparentemente.

Clemenceau ahora, en su retiro de ochentón, lee enormemente, dice, escarvando en las ideas y las ciencias, de que quiere hacer un resumen conciso. Emplea á menudo varias horas para una sola página, pues busca no más que lo esencial. Huye, por lo visto, de la desbordada facundia con que la tontería se complace en mostrarse desnuda á los ojos del público. Creyendo, sin duda, que los fieles han de admirar sus grosuras, como los budistas admiran la grosura que ciñe al ombligo de Buda.

Luego Clemenceau, el viejo luchador pesimista, el ochentón juvenil, le habló á Saint-Georges de Bonheliér de la muerte y le habló en un tono de sereno estoicismo. «Un hombre que ha cumplido su tarea se acuesta y duerme», le dijo. ¡Ah! ¡Pero no es tan sencillo! «No mostraba—dice su entrevistador—esa vaga flojera de que se acompaña generalmente la aceptación de la muerte.» La resignación á la muerte, querrá decir. Y la vida toda es un aprendizaje de resignarse á ella.

Y á seguida el entrevistador dice: «Pero de hecho para un hombre como M. Clemenceau es que hay una diferencia entre el dominio de la acción y el del pensamiento? ¡Otra cuestión que examinar!» Pero no porque está examinada y *pere examinada*. Saint-Georges de Bonheliér, que no parece un tonto ni mucho menos, debe saber que el pensamiento, cuando es pensamiento, acto de pensar y no recepción de lo pensado, es acción, y que la acción, cuando es algo más que gesto, es pensamiento.

¡Hombres de acción! Y á lo mejor llaman así á cualquier tonto de alquiler propio para impresionar una película. Hombre de pensamiento en acción llamó Ricardo Rojas á Carlos Pellegrini el gran político y hacendista argentino. Hay hombres de pensamiento en acción, como hay quienes piensan las acciones ajenas.

El relato de la entrevista está con Clemenceau me ha regocijado aquí en París, el poso de nostálgicos pesares. Y me he puesto á pensar, á soñar, á dolerme en el ombligo de mi España. ¿Qué es esto del ombligo de España? Otro día, lectores, yo, que pretendo serlo todo antes que sabio—los hay muy tontos—, os lo diré.

